



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. XI.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 23 de Setiembre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

SUMARIO.

La vanidad, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Soneto, por D. Gonzalo de Castro.—¡Solo un Dios y solo un culto! novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—El rocío, poesía, por D. Emilio Serrano García.—El palacio de Montsabrey, novela.—Seccion infantil, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades

LA VANIDAD.

La palabra con que encabezamos estos pobres y mal trazados renglones, es la negacion perpétua de la modestia, de la sencillez, de la humildad: de todas esas bellas cualidades que adornan el corazon y engrandecen el alma, haciendo al hombre elevado y digno de respeto en la sociedad, y agradable á los ojos de Aquel de quien toda perfeccion y toda virtud provienen.

La vanidad, hija de la soberbia y del orgullo, y compañera inseparable de la ignorancia, engendra á veces males sin cuento, y produce grandes desgracias, si se asienta cual reina en el corazon del hombre, arrojando en él la maldita semilla de las locas

aspiraciones, de los insaciables deseos, de ese incalificable afan de tener en poco lo que está al alcance de nuestra mano, anhelando sin cesar sobreponernos á cuanto nos rodea.

¡Desgraciado el hombre que no comprende que la elevacion del espiritu es superior á las vanas elevaciones de la tierra!

¡Desgraciado el que enloquecido por una torpe y ridícula vanidad, menosprecia el destino que le tocó en suerte, y poniendo el pié sobre él, quiere elevarse á más altas regiones, sin reparar ni detenerse en los medios que pueden servirle para ello!

¡Pobres soberbios, desventurados orgullosos, cuya vista está tan ofuscada, que no sabe pasar de la superficie de la vida, y que tienen tan pequeña idea de sí mismos que justiprecian lo que valen por un título, por una cinta, por un vistoso traje ó por un puñado de oro!

Almas pequeñas que se arrastran por el polvo de la tierra, manchando su blancura en sus inmundos lodazales.

Corazones petrificados que sacrifican en aras de la ambicion y de la soberbia sus

más puras creencias, sus más santas afecciones, y acaso la dicha de su hogar y la paz de su vida entera.

¡Oh! fatal vanidad, orgullo funesto, á cuántos ilusos has arrastrado tras tu deslumbradora huella para sumirlos en el abismo de la perdicion y la desgracia! ¡Vanidad, vanidad, tú has enloquecido con tu funesto soplo á la débil humanidad; has alterado las sencillas costumbres; has bastardeado las legítimas aspiraciones; has ofuscado la razon; has viciado el espíritu, y, triste es decirlo, á veces hasta has osado manchar con tu contacto el más sublime, el más dulce y el más inmaculado de los amores, el amor materno!

Esta palabra parecería una profanacion, si no encontrásemos mil veces en nuestro camino madres alucinadas que han creído en su afán hacer felices á sus hijos dándoles un título, una posicion más alta; procurándoles los medios de salir de su esfera, de brillar en sociedad, sin pensar ¡ay! que esos hijos, una vez conseguidos sus locos deseos, despreciarán mañana su origen y lo modesto de su cuna.

¡Ay de mí! cuántas de esas desventuradas que no saben que la verdadera felicidad está en el cumplimiento del deber, en la paz de una conciencia tranquila, se estremecerían de su error, si hubiesen conocido á la infeliz Teresa de C.... víctima infortunada de la maldita vanidad!

Teresa era una honrada mujer, buena, amante y laboriosa, criada en un pequeño pueblo de una provincia de Aragon.

Su familia se reducía á su esposo, que casi la doblaba en edad, y á dos hijos, Luis, que contaba quince años y Rafael, que solo tenía cinco.

Una pequeña extension de tierra de su propiedad, y el trabajo de su marido, hubieran bastado á cubrir sus necesidades, si Teresa no hubiese tenido un defecto, un defecto grave que hacia estériles sus demás buenas cualidades: era vanidosa en extremo, y juzgaba infelices á los dulces frutos de su union por tener que seguir la honrosa senda del trabajo que su padre habia seguido hasta entonces.

Además Teresa, que amaba mucho á sus hijos, prefería sin embargo y de un modo extraordinario á Luis, y por verle en una situacion superior á la de sus compañeros, hubiera dado su vida entera.

Mil veces y mil luchó con este pensamiento y creyendo á su hijo humillado con

el título de labrador, quiso á toda costa hacerle un gran señor.—Tú no has nacido para labrar la tierra, le decía mil veces, tienes mérito, tienes talento, y eso es muy poco para tí; eso te degrada, te rebaja.

El pobre jóven se acostumbró á oír estas palabras, y lo que es peor, llegó á creerlas al fin.

Aborreció el trabajo, miró con desprecio á sus amigos, y con odio y repugnancia cuanto tenía en derredor.

El demonio de la vanidad habia estremecido su corazon, y le hacia soñar con riquezas y distinciones que allí jamás podia obtener.

Hasta aquella misma madre, tan enamorada y tan amante, llegó á parecerle una tosca aldeana, indigna de llamarle hijo suyo.

Y lo que en Teresa era solo un afán, un deseo del amor, en Luis se hizo un pensamiento fijo, que le hacia soñar de continuo con riquezas y con honores, mirando con altivo desden su tranquilo presente y ambicionando otro porvenir.

Dominado por esta idea, se decidió á abandonar su casa, su familia, su aldea!

La semilla del orgullo arrojada en su alma producía sus envenenados y amargos frutos.

La pequeña bola de nieve habia rodado y rodado, convirtiéndose al fin en gigante mole.

Una mañana, y sin que nadie supiera darse cuenta de ello, Luis desapareció de su aldea, dejando por única despedida algunos renglones para su madre.

Aquella carta fria y desgarradora concluía con estas palabras:

«Tiene V. razon: yo no debo resignarme á vivir oscurecido en este pobre rincon; yo valgo más que todo eso, y voy á buscar aire en que extender las alas y luz en que brillar, olvidando para siempre la miserable aldea en que por desgracia he nacido.»

¡Ni una frase de ternura, ni una expresion de cariño para la que le habia dado la vida contenía aquel papel, á Dios eterno de un hijo ingrato!

¡Ay! es que el orgullo hieló y endurece las almas en que se alberga.

Teresa creyó morir de dolor ante la conducta horrible de Luis. En cuanto á su anciano padre, la decepcion fué demasiado violenta para que pudiera resistirla.

Aquel pobre viejo justo y honrado, que cifraba toda su dicha en trabajar para sus hijos, esperando que algun día ellos le pa-

garian sus desvelos y su afán, sintió que la muerte de sus esperanzas arrastraba tras sí su vida, y cual el viejo roble herido por el hacha del leñador, vacila y cae falto de apoyo y de sosten, así cayó desplomado bajo el peso de su desgracia.

Para él, que pensaba de tan distinto modo que Teresa, fué el golpe más inesperado, y por consiguiente más cruel.

¡Enfermó de gravedad, y su dolor y su tristeza, aumentando su mal, le hicieron incurable, le hicieron mortal.

Dos ó tres meses despues de la partida de Luis, un pobre ataud, conducido por algunos compasivos amigos, depositaba en su última morada los restos sin vida de aquel triste padre.

Bien pudiera decirse que el infeliz anciano habia muerto de pesar, habia sucumbido de dolor.

La falta de salud dentro de una casa, la falta de brazos en una hacienda, consumen bien pronto el haber de sus dueños, y esto sucedió á la infortunada Teresa.

Rafael era muy niño, tenia muy pocos años para poder con su trabajo alejar la ruina que amenazaba su hogar.

Las pocas tierras, pues, fueron vendidas, y su producto apenas bastó para pagar las deudas contraídas durante la enfermedad de aquel padre de familia.

La miseria llamó á aquellas puertas y penetró en aquella morada, sombría, terrible, aterradora.

¿Qué valian los esfuerzos de Teresa para detenerla, si Teresa era una pobre mujer, era viuda y el hijo que podia con su trabajo mantenerla se hallaba lejos. Dios sabe dónde?

Decir los afanes, los cuidados y las penas de la pobre mujer, fuera tarea harto difícil!

Si tuvo un momento de extravío, si la vanidad y el orgullo la habian dominado por algun tiempo, bien castigada quedó por la mano de Aquel que se complace en humillar á los soberbios y en ensalzar á los humildes.

Así, entre hambre, frío y desnudez pasaron algunos años.

Rafael habia crecido: era casi un jóven, y sin participar de los delirios de Luis, era humilde, trabajador y laborioso, pero aunque se afanaba sin descanso, apenas su corto jornal bastaba á cubrir las necesidades de su ya débil y envejecida madre.

En cuanto á Luis, nadie habia vuelto á saber de él.

Pero ¡ay! la desgracia no se habia cansado de perseguir á aquella pobre mujer, y sonó una hora en que la voz de la patria llegó á sus puertas para reclamarle á aquel buen hijo de sus entrañas.

Rafael iba á ser soldado, y Teresa iba á quedar sola, enferma y abandonada!

Sin saber cómo, y por uno de esos rumores que se confían al viento y que el viento repite en torno nuestro, se dijo en la aldea que Luis estaba en Madrid y que ocupaba allí un buen puesto junto á un alto personaje.

El alma de su madre tuvo un instante de loca alegría, que se apagó bien pronto ante este solo pensamiento: Si Luis era rico, si habia realizado sus deseos, ¿cómo la olvidaba? ¿cómo no habia corrido á partir con ella su fortuna?

Mil temores, mil dudas combatieron aquel pobre corazon tan confiado antes, mientras una voz angustiosa, la voz del remordimiento, murmuraba en el fondo de su conciencia: «¿Qué esperas de un hijo á quien tú misma enseñaste á aborrecer su arígen, á despreciar su condicion? ¿qué esperas de un hijo á quien tú enseñaste á ser orgulloso, si el orgullo mata los sentimientos y petrifica el corazon?»

Sin embargo, la situacion de Teresa era muy angustiosa: iba á perder á Rafael, y en su desesperacion se lanzó tras aquel rayo de esperanza, débil, incierto, indefinible, pero menos triste siempre que la realidad.

Una noche, entre la oscuridad y el silencio, pálida, llorosa, apoyada en el brazo de su hijo, salió de su apacible aldea y emprendió el camino de Madrid.

Á pié, rendida, casi mendigando, marchó algunos dias, temiendo á cada paso ser detenida y separada del jóven á quien ya habrian declarado prófugo.

Cuando el pobre Rafael veia á su madre con las plantas ensangrentadas, falta de fuerzas, próxima á desmayarse,

—Detengámonos, la decia, madra mia; detengámonos y descansen V., yo no puedo verla de ese modo.

Y ella, volviendo atrás los desencajados ojos y con la expresion del terror en el semblante,

—¡No, hijo mio, respondia, quién sabe si vendrán á buscarte y no nos dejarán llegar á Madrid; á Madrid, donde está tu hermano, y donde quizá pueda salvarte; sigamos, sigamos adelante!

Y la pobre mujer dejaba correr la sangre

de sus piés y el sudor de su frente, y caminaba con una impaciencia febril.

Al fin, despues de inauditos sufrimientos que solo Dios pudo medir, llegaron á la corte, y se hospedaron en uno de esos tugurios miserables destinados á los mendigos.

La impaciencia de Teresa era tanta, que ni quiso detenerse ni descansar. ¡Sin embargo, tenia miedo! miedo de que las noticias que la habian dado fuesen falsas, miedo de que Luis fuese un ingrato!

—Espérame aquí, dijo á Rafael; yo iré sola, yo buscaré á mi hijo; nuestra primera entrevista no debe tener testigos; ¡él querrá pedirme perdon de su olvido, y le dará vergüenza de hacerlo delante de ti! Quédate, pues, y déjale en libertad de dar libre rienda á la primera expansion de su alma.

El jóven cedió al deseo de su madre, y la pobre anciana marchó sola.

El ruido, el bullicio que por todas partes la cercaba, hubiera llamado su atencion en otra ocasion; pero entonces iba tan preocupada, tan absorta, que apenas alzaba su vista, y si lo hacia era solo con el objeto de buscar una persona que le diese noticias de la casa del duque de B., donde la habian dicho que se hallaba Luis.

El aspecto de aquella mujer era tan miserable, sus vestidos tan pobres, que nadie se hubiera cuidado de contestar á sus preguntas; pero su rostro expresaba tal afán, tanta ansiedad, que todos se apresuraban á indicarle el camino que deseaba saber.

Tras una hora de atravesar plazas y calles, llegó ante un magnífico edificio, á cuya puerta habia un portero vestido con una lujosa librea.

La anciana no se atrevia á preguntar, y se detuvo á la entrada temerosa y anhelante.

(Se concluirá.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SONETO.

Es bella, misteriosa, peregrina
Como el blanco vapor de la mañana,
Tan indecisa cual la luz de grana
Que refracta la nube vespertina.
Modesta cual la flor que en la colina
Rompe entre besos su capullo ufana,
Celeste, á más, cual la oracion cristiana
que se remonta á la region divina;
Es un sueño purísimo y hermoso,

De bello arcángel virginal esencia,
Blanca nube, celaje misterioso,
Rápido sol que alumbra la existencia;
Ese sueño, ese arcángel pudoroso,
Esa nube, ese sol... es ¡LA INOCENCIA!

Gonzalo de Castro.

Madrid, Marzo 14 de 1875.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

Cuando aquella noche Elena, encerrada en su linda habitacion, leyó aquellos renglones apasionados; cuando supo con entera certeza que era amada, se creyó la más dichosa de la tierra y soñó con la dicha en el porvenir.

Su primer impulso fué correr á los brazos de su abuelo y depositar en el pecho del anciano toda la ventura que inundaba el suyo.

Pero despues un sentimiento instintivo de pudor la detuvo y murmuró:

—No: yo no debo hablarle de esto. Solo Ricardo debe hacerlo: él es hombre y no le costará trabajo alguno: en cuanto á mí, estoy segura que no sabria como hacer esta confesion, y que mis labios quedarian mudos al ir á revelarle lo que pasa en mi alma. ¡Si viviese mi madre! ¡oh! entonces seria diferente! Ella me comprenderia al instante; ella lo adivinaria todo, sin que yo tuviese que explicarme demasiado.

Y contenida por este pensamiento, permaneció irresoluta sin saber qué partido adoptar.

—¡Si yo confiara á Carlos este secreto! pensó despues de meditar mucho. Sí; es lo mejor. Él es casi mi hermano, conoce á Ricardo y comprenderá que debo amarle, porque él tambien le quiere y conoce sus bellas dotes. Esto es lo mejor, él me indicará la respuesta que debo dar, y se encargará de hablar á nuestro padre de ello.

Una vez tomada esta resolucion, Elena esperó con ansia la ocasion de hallarse á solas un instante con el compañero de su infancia.

Carlos era mirado en aquella casa como un miembro de la familia, y entraba á todas horas sin inspirar la menor inquietud. Hé aquí por qué los deseos de la niña no tardaron en verse cumplidos.

Dos dias despues el anciano habia salido un momento, la vieja Águeda se hallaba entregada á sus cotidianas tareas, cuando el jóven

estudiante penetró en el gabinete donde Elena bordaba sentada junto al balcón.

—¿Estás sola? preguntó el jóven adelantándose alegremente.

—Sí, murmuró ella, alzando sus hermosos ojos de la labor que la ocupaba.

—¿Y mi padrino?

—Ha salido.

—Y tu....

—Yo he preferido quedarme aquí, y ahora me alegro doblemente, puesto que así podré hablarte un instante sin testigos.

—¡Hablarme sin testigos! exclamó Carlos con asombro.

—Sí, eso es.

Y al pronunciar estas palabras la niña fijó en el jóven una mirada tímida y ruborosa, que le hizo estremecer.

—No te entiendo, hermana mia; ¿qué puedes tú decir que no lo sepa nuestro padre? ¿Por ventura tienes secretos para él, que tanto te ama y que solo anhela verte feliz?

—No es eso! exclamó Elena haciendo un gracioso gesto de impaciencia: no es eso. Yo no quiero ocultarle nada, pero no me atrevo á decirle algunas cosas, y por eso te elijo á tí para que lo hagas.

—Expícate, dijo Carlos cada vez más confuso.

—Pues bien, oye... La verdad es que tampoco contigo sé como empezar.

—Pero Elena...

—Sir Ricardo...

—¿Se trata de él? preguntó el jóven palideciendo ligeramente.

—Oh! sí.

—¿Te ha ofendido en algo?

—Al contrario, no es ofensa amar á una jóven, mucho menos poseyendo las cualidades y las dotes que tu amigo posee.

Si Elena no se hubiese hallado tan conmovida con la confesion de aquel profundo amor que tanto la dominaba, hubiera sin duda notado la terrible impresion que en Carlos habian hecho sus palabras.

Pero el amor es un sentimiento tan ciego y tan exclusivo, que no deja lugar á advertir lo que experimentan las personas que nos rodean.

Por eso la niña, más turbada á cada momento, se entretenia en revolver entre sus dedos una punta de su pañuelo sin atreverse á mirar al que llamaba su hermano.

—¡Que Ricardo te ama! exclamó él con acento trémulo, ¡que Ricardo te ama! ¿es esto lo que acabas de decir?

—Sí... al menos él lo asegura.

—Y... tú...

—Yo... mira, hermano mio, quiero ser sincera contigo! Si es amar temblar á la vista de un hombre; sentir que el corazon se salta del pecho al escuchar sus pisadas, conociéndolas entre cien: si es amor sufrir en su ausencia, gozar con su vista, estar pendiente de su acento si habla, de su sonrisa si nos mira: estremecerse al tocar una flor, un objeto que le ha pertenecido: soñar con él dormida, pensar en él despierta... si es amor todo esto, yo amo á Ricardo con toda mi alma y creo que de este cariño depende mi vida, pues me moriria si él me olvidase.

Habia tanta pasion, tan sincera expresion en la voz de la jóven, que Carlos no pudo dudar de aquella verdad terrible para él, y sintió que su corazon se oprimia y que sus sienes estallaban.

Ante aquella confesion pura y sencilla morian para siempre todas sus esperanzas, todas sus dichas, todos sus sueños de ventura.

¿Cómo habia nacido aquella pasion velada á sus ojos por su tranquila confianza? ¿Cómo Ricardo se habia atrevido á aspirar á un bien que era suyo, y que como suyo habia juzgado? ¿Cómo la palabra amor, que él jamás se habia atrevido á pronunciar, habia sonado en los oídos de Elena dicha por otros labios que los suyos?

Todas estas preguntas acudieron en tropel á la mente del jóven, sin hallar respuesta para ninguna.

Por eso anonadado, sin fuerzas para resistir aquel golpe, más doloroso cuanto más inesperado, guardó silencio algunos instantes.

¡Pobre corazon, tan confiado y tan seguro del porvenir un momento antes, y tan desgraciado con una sola palabra!

—¿Te has enfadado conmigo? preguntó Elena cansada de esperar una respuesta.

—Yo...! enfadarme contigo! no, hermana mia, no!

—Parece que te has puesto triste.

—Es que tus palabras me hacen meditar en lo amargo y espantoso de un desengaño! yo jamás habia pensado en ello!

—Y ¿es verdad que debe ser cosa terrible?

—Oh! mucho, mucho! Quiera Dios que nunca lo comprendas!

Elena no pudo adivinar todo el dolor que se encerraba en aquellas frases. Aplicándolas al porvenir de su amor, no reparó en el acento con que Carlos acababa de pronunciarlas.

Sin embargo, un temor extraño penetró en su corazon y veló entre sombras todas sus esperanzas.

Los dos jóvenes se separaron tristes y me-

ditabundos aquel día; ella estremecida ante un solo presentimiento, él desesperado ante una triste realidad.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EL ROCÍO.

Dios, queriendo embellecer
Nuestra vida con primores,
Nos concedió lindas flores
Teñidas en rosicler.

Y cuando á larga distancia
Nace la aurora entre velos,
Ellas miran á los cielos
Y reciben la fragancia.

Ostentan su gallardía
Ricas de aroma y colores,
Pero del sol los rigores
Las marchitan en un día.

Los ángeles con dolor
Lloran, y su llanto pío,
Son las gotas de rocío
Que le dan vida á la flor.

Emilio Serrano García.

EL PALACIO DE MONTSABREY.

CONTINUACION.

Así trascurrían plácidamente los días. La señorita de Monsabrey, que conocía su ignorancia y quería proporcionar á su madre una sorpresa agradable, se apoderaba con avidez de cuantas ideas nuevas se ofrecían á su imaginación. No había concluido el invierno, y ya tenía resarcido el tiempo perdido. Semejante á los arbustos de los países meridionales, á los que basta un día caloroso de la primavera para cubrirlos de botones y de flores, sabía ya tanto como la mayor parte de las jóvenes de su edad. Y aun las llevaba una ventaja preciosa, y era que amaba lo que sabía y nutría con ello su pensamiento: su educación no había sido un puro ejercicio de memoria.

Acercábase el fin del invierno, y la señora de Montsabrey no había vuelto ni se tenían noticias suyas. El doctor escribió entonces á los encargados de negocios de Francia en Milan, Roma, Venecia y Florencia; la señora de Montsabrey no se había presentado en ninguna de las capitales de Italia. Envió también un sujeto de su confianza para que se informase en

París, pero nada pudo conseguir, porque el palacio del vizconde se hallaba cerrado ya hacia muchos meses. En sus posesiones de Berry nadie sabía el paradero del vizconde, y aun su mismo administrador lo ignoraba. ¿Qué se había hecho la señora de Montsabrey?... ¿Por qué regiones viajaba?... Mientras que la infortunada llevaba su desesperación á lejanos países, la felicidad la aguardaba en el umbral de su puerta... Había en eso algo de punzante, capaz de desgarrar el corazón más indiferente.

—¿Por qué no se halla aquí mi madre? preguntaba constantemente Lucila á sus amigos; ¿por qué tarda tanto en volver?... me llora, y nada la dice que su hija respira y la llama.

Á veces quería partir y buscarla por todo el mundo: parecía que un instinto infalible guiaría sus pasos, y no se resolvía á creer que la tierra, por más grande que fuese, pudiera encubrir la por mucho tiempo á su amor. Otras, sola en su habitación, abría el balcón, se sentaba junto á él, y la llamaba en alta voz:— ¡Madre mía!... ¡madre mía!... decía, yo te grito á mi vez: ¡oyeme!... ¡respóndeme!... Todos los ruidos que se oían en lo exterior la hacían estremecerse: el galope de un caballo ó el sonido de un carruaje agolpaban la sangre á su corazón. Ya se acordarán nuestros lectores del compañero fiel que velaba sobre Lucila cuando era niña, y la hacía volver al palacio si se entretenía demasiado en los bosques: pues bien, aquel excelente animal la seguía por todas partes y siempre se hallaba á su lado. La joven le decía algunas veces:—Turco, ¿en dónde está mi madre? ¡búscala, buen perro!... Turco, al momento meneando la cola olfateaba todos los rincones de la habitación, salía del patio dando lastimeros aullidos, reconocía los campos inmediatos y volvía con las orejas bajas á tenderse á los pies de su joven ama, que le acariciaba tristemente. Había días en que el desaliento se apoderaba de Lucila, pero los tres amigos que velaban sobre ella la reanimaban con consoladoras palabras. El doctor la prometía el próximo regreso de la señora de Montsabrey: el cura la inculcaba la sumisión á la voluntad de Dios, y Federico redoblaba sus atenciones y ternura fraternal. Conmovida con tanto cuidado y afecto, la amable niña temía ser ingrata, y recobraba la esperanza y la felicidad.

Los primeros días de la primavera completaron su regeneración. Asistió al despertar de la naturaleza, como Eva al contemplar por primera vez los encantos del Eden, y sus facultades acabaron de desarrollarse, como la corola de una flor, con los tibios besos del sol. La

juventud y la inteligencia aparecían radiantes en su frente y en su mirada, en otro tiempo inmóvil: la vida circulaba bajo el sonrosado alabastro de su rostro, y hasta en los rizos de sus rubios cabellos, con los que la brisa se complacía en jugar. Jamás hermosura más suave se había sonreído á la claridad del cielo: todo reverdecía, florecía y esparcía el gozo y el contento en derredor de ella, que era una de las gracias de la creación.

Con el buen tiempo volvieron también los largos paseos. Iban todos juntos siguiendo los vallados, admirando y comentando el poema eterno que tenían á la vista. Federico ya no pensaba en marchar, y olvidaba todo lo que no era Lucila: no ambicionaba nada más que respirar el ambiente que ella respiraba, y embriagarse á cada momento con el encanto de su voz y el atractivo de su presencia. Su conciencia estaba tranquila: había querido alejarse, pero el doctor le retuvo hablándole de deberes que tenía que cumplir. ¿Qué le reservaba el porvenir? ¿Cuál sería el desenlace de su prolongada permanencia en el palacio de Montsabrey? No se inquietaba y dejaba que trascurriesen los días. Los dos hermanos no abrigaban por su parte ninguna desconfianza. Cándido como un niño y completamente tranquilo por la actitud de Federico y por la pureza de Lucila, el cura había tomado el partido de no alarmarse por su intimidad; el doctor mismo, secretamente complacido de tener por huésped á aquel joven que amenizaba su soledad, el doctor, á pesar de su perspicacia y penetración, vivía en una paz profunda. Aquella seguridad fué al fin turbada.

(Se continuará.)

SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.

EL VELO BLANCO.

(Continuacion.)

—Veo que tenía V. razón, y que ni por vergüenza ni por miedo debo callar jamás ninguna cosa. Pero ahora que ya sé cómo he de examinar la conciencia y cómo he de confesar sin omitir falta alguna, quiero que me diga V. otra cosa aún.

—Cuál, hija mía?

—En qué consiste el dolor de haber ofendido á Dios, porque yo á la verdad no lo sé. ¿Qué es preciso sentir para que este sea perfecto?

¿Qué es forzoso experimentar para estar cierta de que se siente?

—Siguiendo la sencilla costumbre de que me valgo al hablar contigo, poniéndote una comparación fácil y al alcance de tu comprensión, te diré, hija mía, que el dolor de haber ofendido á Dios no es un dolor material ni sensible, no es en nada concerniente al cuerpo, sino solamente al alma. Una santa tristeza, una profunda pena, la consideración de que hemos obrado mal, y el sentimiento de haber inferido una ofensa á Dios, es el dolor. El horror de nuestras faltas, el arrepentimiento de ellas, el quererlas borrar de nuestra conciencia, porque nuestra conciencia se siente agobiada bajo su peso; el afán de ser más perfecto; el anhelo de modificar nuestros defectos; la instintiva repugnancia que nos inspira el mal y la resolución de practicar el bien, es el propósito de la enmienda.

—Oh! ya lo entiendo. Continúe V.

—Cuando en la vida hacemos un mal negocio; cuando tú, por ejemplo, te olvidas de estudiar una lección, y ves que por saberla bien obtienes un premio tus compañeras; cuando tu padre presta su riqueza á un falso amigo, y aquel amigo le engaña, ¿no viene en pos el arrepentimiento, la pena de haber obrado de otro modo, y el propósito de ser más prevenido en otra ocasión?

—Sí, sí, dice usted muy bien.

—Por otra parte, si estrenases un traje blanco como el armiño, delicado y purísimo como las flores del azahar, ¿no sentirías verle cubierto de manchas al cruzar una senda llena de lodo, y te resolverías á ir por otro camino para evitar en adelante el volverle á ensuciar de nuevo? Sí, yo creo que así lo harías. Pues bien, inmaculada y transparente es la blancura de nuestra alma, y se mancha muy fácilmente en los lodazales de la vida. Separémonos de ellas, hija mía, y propongámonos marchar siempre por la senda de la virtud para conservar intacta la pureza de nuestro espíritu, y la inocencia de nuestro corazón.

—¿Y en cuanto á la penitencia?

—La penitencia impuesta por el confesor es una medicina fácil y suave, que sana los males del alma, y un antídoto eficaz para evitarlos en adelante: nada más sencillo que cumplirla exactamente, y pronto sobre todo; pues un descuido, una dilación cualquiera nos expondrían á olvidarla, y esto haría inútiles nuestros anteriores esfuerzos por quedar puras y perdonadas.

Ahora, Luisa mía, toma tu velo blanco y tu corona de azahar; cúbrete con él y adorna con

ella tu frente; tu virginal pureza, tu celestial candor sean preservados por él de los vientos desoladores de la culpa y del vicio:

Tu ángel custodio haga de ese velo un trasparente fanal en que vivan sin ajarse las flores de tu virtud, y hoy que por vez primera va á ser tu corazon santuario de Dios, crezcan y germinen en él la fe, la esperanza y la divina caridad.

Para animarte á seguir una senda de santidad y de perfeccion, mañana ven á mi lado y en vez de emplear las horas en inútiles y frívolas diversiones, yo te contaré la historia de algunos niños que en la alborada de la vida tuvieron la dicha de ser santos, de ser mártires!

Ya sabes, Luisa mia, cuánto me afano por tí, cuánto anhelo ser útil á la tierna infancia, y queriendo de algun modo santificar el día de su primera comunión, le dedico algunas páginas, y en ella una coleccion de ejemplos que seguir, de modelos que imitar en las doce novelitas que llevarán por título *Flores del Cielo*.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VARIEDADES.

PAZ Á LOS MUERTOS.

Sombrio como un mal pensamiento, fuerte como un atleta, amenazador como un caballero armado de todas armas, elevábase á orillas del mar el castillo de Valdecoz. Encaramado sobre un peñasco como una atrevida gaviota, descansaban sus cimientos sobre la roca viva; su gran rampa levadiza, que reforzaba la puerta, miraba hácia el mar, y su torre del homenaje elevábase orgullosamente hácia el cielo, rematando en un águila rampante sobre el firmamento, que oprimía entre sus garras un blason roto. Hubiérase dicho que en su soberbia aquel gigante de granito se alzaba diciéndo al mar: *Te desprecio*.—á las rocas: *Os domino*,—y al cielo decia impotente: *¡No te alcanzo!*

Nadie le habitaba: cerrado como una tumba, reinaba en él un silencio aún más lúgubre que el de la soledad; aquel silencio parecia el de la muerte. Roto el soberbio blason que en la torre del homenaje sostenia el águila con su garra, no parecia sino que esta, desplegando sus alas de piedra, iba á huir de allí, graznando aterrada: *¡Lo que he visto!*—La hiedra, esa fiel amiga de las ruinas, habia coronado una lápida corroida por el tiempo y los temporales, en que se leía:

Christus vincit, Christus regnat,

Christus imperat.

Al leer aquella inscripcion que como único nombre y única historia se descubria junto á un escudo destrozado, hubiérase dicho que la cólera divina habia venido á sustituir á la vanidad humana en el dominio del castillo de Valdecoz. Su último castellano, llamado el *Malo*, desapareció cazando en un bosque que formaba límite de su señorío; poco antes, su hijo úni-

co, Ferrant, llamado el *Bueno*, habia desaparecido también, ignorándose su paradero.

Pero el tiempo, gran descubridor de misterios, ha conservado una tradicion del castillo de Valdecoz, que, viniendo de padres á hijos, llega hasta nosotros ennoblecida con el polvo de los siglos y bautizada con más de una lágrima de ternura; tradicion que reconoce por origen la sencilla fe de nuestros antepasados, ó quizá uno de esos prodigios con que Dios despierta el arrepentimiento en el corazon del malvado, y mantiene la confianza en el del justo.

Bien se nos alcanza que estas tradiciones, siempre sencillas y poéticas, al par que profundamente religiosas, no encuentran eco en nuestra despreocupada época, que cree subir al pedestal de la más alta superioridad intelectual, empinándose sobre el excepticismo.

Un autor francés ha dicho que la despreocupacion es la compañera inseparable del orgullo; así como la fe es la hija de la humildad; por eso el finchado *no lo creo* de los despreocupados y excépticos no nace de la noble elevacion del entendimiento, sino del mezquino orgullo del corazon, que no estima sino aquel estrecho círculo de ideas triviales que alcanza y comprende. ¡Pobres miopes, que cegados por esta funesta pasion que los pone á merced del que sabe lisonjearlos, no ven que el distintivo del sabio es la buena fe, así como la malicia es el del necio!...

Una mañana de Octubre de 1319, notábase una grande animacion en el castillo de Valdecoz: el castellano, al frente de sus hombres de armas, como él soberbios y sanguinarios, volvía de saquear un territorio vecino, á cuyo señor guardaba antiguas rencillas. Este, cautivo de su enemigo, esperaba con esa altivez de alma que en la adversidad es madre del heroismo, ser colgado del águila que, como la imagen de la soberbia, coronaba el castillo de Valdecoz.

En vano el caritativo Ferrant pidió á su padre el perdon del prisionero, haciéndole presente que el verdadero valor se corona, como el mérito, con la modestia, con la clemencia hácia el vencido; pero los ruegos de la compasion fueron desoídos, y se cumplió la bárbara sentencia. Pendiente el cadáver del águila, que parecia cebar su corvo pico en aquel terrible trofeo de la muerte, habia de permanecer allí hasta que fuese pasto de los buitres.

Ferrant se retiró horrorizado á su aposento, y al mismo tiempo que las blasfemias del padre, subian al cielo las oraciones del hijo. Á la media noche el piadoso doncel salia cautelosamente de su estancia; con el mayor sigilo subió á la torre del homenaje, y cargando sobre sus hombros el cadáver del desgraciado caballero, lo condujo fuera y le dió sepultura.

Imposible es describir la cólera del castellano al notar la desaparicion del cadáver de su víctima: todos los del castillo temblaron por la suerte de Ferrant el Bueno; mas él, tranquilo como la buena conciencia, sereno como el que cumple un deber, se presentó á su padre, confesándose reo de lo que en su cínica confusion de ideas llamaba el castellano delito. En este la sorpresa adormeció la cólera por un momento.

—¡Desgraciado! exclamó; ¿qué razon tuviste para desobedecer mis órdenes?

(Se concluirá.)

LUIS COLOMA.

GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO,
Plaza de Ayuntamiento, 15.